

Nuestra lectura del Evangelio de hoy es la historia de la primera aparición de Jesús a sus apóstoles, en este caso, diez de ellos ya que Judas por supuesto ya no era uno de ellos; Matías, el que reemplazó a Judas, no había sido elegido; y Tomás no está presente. San Lucas escribió en su recuento de esta aparición que los apóstoles «[quedaron] atónitos y asustados, pensando que veían algún espíritu» (San Lucas 24:37). Este grupo de hombres había estado con Jesús desde su bautismo, había viajado con él, lo había escuchado responder como él fue confrontado por las autoridades religiosas de su época, y había escuchado sus enseñanzas durante tres años. Estos hombres habían dejado a todo para seguir a Jesús, pero cuando Jesús fue arrestado, ellos se dispersaron como conejos asustados. Sólo Pedro y Juan permanecieron cerca, y Pedro lo negó. Con razón que ellos tienen miedo, miedo que veían un espíritu, sí, pero sin duda también miedo debido a su respuesta cobarde.

Pero Jesús no vino para asustar o castigar a sus apóstoles débiles y pecadores. Jesús vino para traer la libertad del miedo; vino para traer la paz y la alegría. Como les dije en la homilía del domingo pasado, era difícil para los discípulos a entender y creer que el hombre Jesús es Dios, pero ahora saben que fue crucificado y enterrado. En el Evangelio de hoy Jesús se le apareció a este miedoso grupo e inmediatamente les dijo, «La paz esté con ustedes». Les mostró que en verdad era él: él les mostró las cicatrices en sus manos y su costado. Ahora los apóstoles necesitan saber que Jesús, aunque divino, todavía es humano, y como se dan cuenta que el uno delante de ellos es ese mismo Jesús, había un cambio completo: «Cuando los discípulos vieron al Señor se llenaron de alegría». Jesús no vino para asustarlos o castigarlos. Vino para traer la libertad del miedo; vino para traer la paz y la alegría.

Tampoco vino, sin embargo, para decir, «Ahora vuelvan a la vida que vivían antes de que ustedes me encontraron.» Jesús en su humanidad había acabado a su misión en la tierra. Mientras Jesús estaba con sus apóstoles, ellos podían verlo, escucharlo, tocarlo, admirarlo, y seguirlo dondequiera que él guiaba, pero hicieron nada solos. Eran seguidores. Mientras Jesús permanecía con ellos físicamente, estaban tan limitados como lo estaban por su humanidad. Así, les dijo antes, «En verdad les digo: «El que cree en mí hará las mismas obras que yo hago y, como ahora voy al Padre, las hará aún mayores» (San Juan 14:12).

Ahora sus seguidores deben compartir su divinidad. Tienen que dejar a sus vidas de miedo y cobardía. Otra vez Jesús les dice, «La paz esté con ustedes». Pero esta segunda

declaración parece significar algo diferente que la primera. La primera vez, él está calmando sus miedos. Esta vez, él los está preparando para la vida que ahora vivirán. Tienen que vivir en la paz de Cristo, compartiendo su Espíritu, continuando su misión. «Como el Padre me ha enviado, así también los envío yo», les dice, y como él los comisiona, sopla su propia vida en ellos. Cuando Dios sopla el mismo, el Espíritu, en un ser humano, esa persona se cambia. Y de hecho el Espíritu tan transformó a estos hombres que a partir de ahí vivieron un completamente nuevo tipo de vida. Vemos esta transformación en nuestra primera lectura cuando Pedro, el que negó que aún conocía a Jesús, vino ser un predicador sin miedo a la gente de varias partes del mundo. Según la tradición, todos los apóstoles continuaron el trabajo de Jesús y todos excepto el apóstol Juan recibieron la muerte de un mártir.

Hoy Jesús nos da ese mismo Espíritu y nos comisiona con estas mismas palabras: «Como el Padre me ha enviado, así también los envío yo» Cada uno de nosotros en esta comunidad ha recibido el Espíritu Santo, el Espíritu de Cristo, en bautismo. Cada uno de nosotros, que ha recibido el Sacramento de Confirmación, ha dicho, «Sí, yo cumpliré la promesa que mis padres hicieron para mí en el bautismo». Como escribió San Pablo en nuestra segunda lectura:

. . . así como el cuerpo es uno y tiene muchos miembros y todos ellos, a pesar de ser muchos, forman un solo cuerpo, así también es Cristo. Porque todos nosotros . . . hemos sido bautizados en un mismo Espíritu para formar un solo cuerpo

Cada uno de nosotros ha la responsabilidad de usar los dones que Dios nos ha dado. Como también escribió San Pablo:

Hay diferentes dones, pero el Espíritu es el mismo.
Hay diferentes servicios, pero el Señor es el mismo.
Hay diferentes actividades, pero Dios,
que hace todo en todos, es el mismo.
En cada uno se manifiesta el Espíritu
para el bien común.

Y así esta noche, en esta celebración de Pentecostés, cuando la Iglesia recibió el Espíritu Santo, renovemos nuestros votos bautismales:

Queridos hermanos y hermanas, a través del Misterio Pascual hemos sido sepultados con Cristo en Bautismo, para que podamos caminar con él en la novedad de la vida. Y así, renovemos las promesas de Santo Bautismo, cuando una vez renunciamos a Satanás y sus obras y prometimos servir a Dios en la santa Iglesia Católica.

Y así les pregunto: (Respondemos «Sí, renuncio.»)

V. ¿Renuncian al pecado, para que puedan vivir en la libertad de los hijos de Dios?

R. Sí, renuncio.

V. ¿Renuncian a las seducciones del mal, para que el pecado no los esclavice?

R. Sí, renuncio.

V. ¿Renuncian a Satanás, padre y autor del pecado?

R. Sí, renuncio.

(Respondemos «Sí, creo.»)

V. ¿Creen en Dios Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra?

R. Sí, creo.

V. ¿Creen en Jesucristo, su único Hijo, Señor nuestro, que nació de María Virgen, padeció, fue sepultado, resucitó de entre los muertos y está sentado a la derecha del Padre?

R. Sí, creo.

V. ¿Creen en el Espíritu Santo, en la santa Iglesia Católica, en la comunión de los santos, en el perdón de los pecados, en la resurrección de los muertos, y en la vida eterna?

R. Sí, creo.

V. Y que Dios todopoderoso, el Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha dado nuevo nacimiento por el agua y el Espíritu Santo y nos ha concedido perdón de nuestros pecados, guárdenos por su gracia, en Cristo Jesús nuestro Señor, para la vida eterna.

R. Amén.

«El que crea en mí hará las mismas obras que yo hago y, como ahora voy al Padre, las hará aún mayores.»